

# NACIONES Y REVOLUCIONES

## Planteamiento del problema \*

ANOUAR ABDEL MALEK

*Centre de la Recherche Scientifique, Paris*

¿CÓMO Y POR QUÉ tratar este problema? ¿Por qué el título de esta disertación ha sido deliberadamente escogido de una manera poco ortodoxa? ¿Por qué no la hemos titulado, por ejemplo, "Charla sobre las revoluciones"? Pienso que si hemos escogido el tema "Naciones y revoluciones", teniendo como subtítulo el de "Planteamiento del problema" y no "Teoría del problema", es porque precisamente el planteamiento de este problema no se ha hecho. Quiero decir que en el espíritu de todas las personas que se ocupan del problema revolucionario, no se da el intento de relacionar la noción, la categoría de revolución, con la noción, la categoría de nación, lo que acarrea consecuencias molestas en el plano teórico y consecuencias peligrosas en el plano político.

### I. *El plano histórico*

La exposición estará dividida en dos partes: una histórica y una crítica. La exposición histórica constará de tres puntos, de tres momentos, de tres etapas, porque es importante estar advertidos de que la noción de revolución, los problemas de la revolución, el estudio de las revoluciones, la discusión de la revolución es un fenómeno reciente. No se conocen textos anteriores al siglo XVIII que traten de una

\* Ponencia presentada en el Centro de Estudios Orientales, en noviembre de 1969. El autor ha publicado dos importantes volúmenes entre 1969 y 1973: *Dialéctica Social y Sociologie de l'Imperialisme*; sin embargo, el interés del tema nos obliga a publicarlo en forma de conferencia, tal como fue expuesta.

manera sistemática de la noción o del problema de la revolución. Hay escritos, cartas, memorias, documentos en que la palabra "revolución" —pero sobre todo "sedición", "revuelta", "rebelión"— existe, pero el concepto de revolución, la categoría de revolución, es una categoría extremadamente reciente, en tanto que muchos estudiosos tienen la idea de que toda la historia del mundo se ha dado a través de la conciencia del hecho de que hay una categoría que se llama "la revolución". Objetivamente, ha habido un fenómeno revolucionario que se remonta a fechas antiquísimas de las sociedades humanas, pero la categoría de revolución, incluso, por supuesto, la categoría científica de revolución, es una categoría sumamente reciente.

1. *La hegemonía de Europa moderna y el planteamiento clásico restrictivo del problema (Siglos XVIII y XIX)*. Si lo que acabamos de decir es cierto, pienso que se puede partir del período en que se planteó el problema, es decir, del período que propongo designar como período de la hegemonía de Europa moderna, capitalista, burguesa, liberal, es decir, de los siglos XVIII y XIX.

La Europa burguesa, capitalista, liberal, data del siglo XIV o XV, de la época de los descubrimientos y exploraciones, pero la categoría de revolución interviene en el momento en que se pone de manifiesto la necesidad en que se encuentra la burguesía ascendente de romper la hegemonía política del feudalismo (especialmente en Francia), de efectuar su revolución económica y política y de instaurar una formación socioeconómica diferente, conocida con el nombre de formación socioeconómica capitalista.

En ese momento, a fines del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX, la hegemonía de Europa burguesa, liberal y colonial —lo que algunos ingleses llaman "the happy interlude of History", durante el cual nadie impugnó su hegemonía—, la noción de revolución, el término de revolución se utiliza de manera descriptiva, una manera extremadamente provinciana, sectorial, por decirlo así, restrictiva en cuanto al contenido y restrictiva en cuanto al área de aplicación. En cuanto al contenido, todo sucede como si el

problema se desarrollara en el interior de la esfera de la hegemonía. Quiero decir con esto que lo único que se trata de hacer es desplazar la hegemonía política del grupo feudal en favor del grupo de la burguesía ascendente de la época y luego todo se regula a partir de ahí; la revolución se ve como tal, aunque algunos escritos, especialmente de Europa central y oriental, tratan la cuestión nacional pero todavía de una manera secundaria. No está ahí el fondo del problema. El fondo del problema consiste en desplazar la hegemonía desde el grupo del feudalismo dominante al grupo de la burguesía. Es decir, se trata de la problemática de las revoluciones burguesas, especialmente la Revolución francesa, pero también la Revolución inglesa —que se detuvo a medio camino—, la guerra de los campesinos en Alemania y otros fenómenos similares de menor importancia.

El área de aplicación es igualmente restrictiva. Todos los escritos muestran que en el pensamiento de los teóricos revolucionarios de la época, la revolución que se trata de efectuar tiene por objeto a Europa; se trata en definitiva de Europa. Se trata de ajustar cuentas con los feudalismos decadentes de Europa y de instaurar un orden nuevo, burgués-liberal-democrático; pero el problema de la esfera no europea pasa inadvertido. Hay algunas alusiones a ello en Montesquieu, hay algunas decenas de cartas en Marx, hay algunos escritos, algunas páginas en Adam Smith, Ricardo y Bentham, pero realmente lo esencial de los trabajos sobre la revolución trata de la revolución que se ha de hacer en el mundo civilizado, que a la sazón es el mundo del hombre blanco, normal, es decir, el mundo de la Europa hegemónica antes de la impugación que comenzará a mediados del siglo XIX.

Tenemos, entonces, una formulación, un planteamiento doblemente restrictivo del problema de la revolución entre el siglo XVIII y mediados del siglo XIX: desde el punto de vista del contenido, por una parte, y, por otra, desde el punto de vista del área de aplicación. Una vez aclarado este punto, conviene señalar que, partiendo de aquella pro-

blemática, la problemática clásica del fenómeno revolucionario, muchos grupos, personas, tendencias, individuos, instituciones, hasta el día de hoy, continúan planteando el problema de la revolución. Con ello quiero decir que esta posición que nos parece tan esquemática, lejana y sectorial, continúa siendo para muchas tendencias en el mundo el único planteamiento del problema de la revolución.

2. *La crisis de la hegemonía de Europa burguesa, liberal y colonial y el nuevo modo diferenciado de abordar el problema (desde mediados del siglo XIX a las guerras mundiales)*. Simplificando un poco, puede decirse que el segundo momento va desde mediados del siglo XIX hasta la primera guerra mundial. Es el momento en que Europa burguesa, liberal y colonial e imperialista entra en su fase de crisis. No en la fase de la crisis de la liquidación general. No es tan simple el asunto: no es ni la decadencia de Occidente que Spengler ha descrito en términos románticos, ni la crisis general del sistema capitalista que se desmorona en migajas y que en un principio ciertos exegetas simplistas y —yo diría— economicistas del marxismo pensaban poder tratar en sus panfletos, folletos y volantes. La crisis es una crisis de la hegemonía y no una crisis del *conjunto* de la civilización, es una crisis de la hegemonía *política*, que no es lo mismo. Quiero decir que Europa no se desmorona, lo que se resquebraja, lo que va a desmoronarse a partir del 1919 es la hegemonía europea en provecho de otro centro hegemónico, que es la hegemonía de Estados Unidos de Norteamérica. Entonces, en ese momento, en este segundo período, intervienen una serie de factores que es preciso describir brevemente para darse cuenta de cómo se va a plantear el fenómeno, el problema revolucionario. Por un lado, una parte considerable de la Europa blanca cultivada y liberal, se adhiere a una cosa que no es lo normal: se adhiere a algo que se llama bolchevismo. Ha tenido lugar la Revolución de Octubre y con ello el hecho de que la Rusia zarista, que de todos modos representa la mitad de Europa cambia de sistema económico y de direc-

ción política, estableciendo el primer estado socialista del mundo y de la historia.

Hasta aquí, una primera crisis. Segunda crisis: también el mundo colonial y dependiente entra en un período, en un proceso de activismo antieuropeo que comienza muy temprano, que puede situarse entre 1801 y 1805 (en 1801 tiene lugar la revuelta en El Cairo contra Bonaparte), aun cuando las mayores oleadas de la lucha contra la hegemonía europea datan de la segunda mitad del siglo XIX, de fines del siglo XIX, aproximadamente entre los años 1860 y 1880; sea a través del período Meiji en Japón, sea a través de las guerras del opio y luego de los Boxers en China, sea a través de la revolución del ejército en Egipto, sea a través de la insurrección que termina solamente en 1936 en Marruecos, el conjunto afroasiático —el mundo oriental, si se prefiere— entra en un período de flujo antieuropeo en el último tercio del siglo XIX y para 1919-23, como lo he señalado en otra ocasión, todo el Este, todo el Oriente es barrido por inmensas revoluciones muy importantes. En China, es el período de la fundación del Partido Comunista Chino y el apoyo del Kuomintang en 1920; en 1919 tiene lugar la revolución del Wafd en Egipto; en 1919-20 sobrevienen el Congreso Indio y las primeras acciones, podría decirse, a la vez insurreccionales y políticas de la burguesía nacional y las masas populares en India. Japón, que se distancia, edifica un poder económico y político que va a permitirle llegar a ser la principal potencia competidora de Occidente. En el área del Oriente Medio, la Turquía kemalista comienza en 1919 su guerra de independencia que va a prolongarse cuatro años. En fin, abundan los ejemplos que demuestran que verdaderamente en los momentos de la Revolución de Octubre, no por sincronización orgánica, sino por coincidencia a través de la crisis del sistema que anuncia la primera guerra mundial, no solamente la mitad de la Europa liberal se agita, sino todo el Oriente dependiente y colonizado se agita de una manera revolucionaria. Lo que quiero decir es que el año 1919, o si se prefiere el período 1917-19, marca la ruptura del período de equilibrio o,

mejor dicho, de hegemonía sin impugnación de la Europa moderna. Ahora bien, en este momento el problema de la revolución, de saber qué es la revolución y cómo se hace, se plantea de una manera muy diferente. En el cuadro europeo, en el cuadro de la revolución socialista, de la Revolución de Octubre, todo sucede como si lo esencial se diera en Europa; no todo, sino lo esencial. Por entonces aparecen las tesis del Comintern; es la lucha del Comintern contra lo que da en llamar problema de la desviación nacionalista y burguesa de los comunistas musulmanes y nacionalistas del Asia Central; es la lucha del Comintern contra Mao Tse-tung desde 1927, pero sobre todo desde 1934; son las tesis sobre la burguesía nacional; es la actitud general del Comintern, que consiste en pensar que la revolución es la revolución proletaria en los países avanzados, es decir, los países europeos; al resto se lo ha de llamar movimientos nacionales, revoluciones nacionales: constituyen la reserva estratégica de la verdadera revolución que tiene lugar en Occidente. Quisiéramos aclarar que se trata de una posición general, por cuanto hay muchos matices dentro de la concepción que el Comintern tenía de la revolución. Pues bien, en el interior del Comintern, sus dos figuras principales, primero Lenin y luego Stalin, y Stalin mucho más que Lenin, se dan cuenta con gran claridad, por el hecho mismo de que ejercen el poder del Estado en un inmenso imperio diferenciado, cuya área principal se halla en Siberia y el Asia Central, de que existe una cosa diferente de la Europa civilizada, cultivada, liberal, con la cual hay que tratar y que se hace imperioso desde el punto de vista de las necesidades del estado elaborar una teoría de la cuestión nacional. De ahí que Lenin y luego en mayor grado Stalin se hayan enfrentado al problema de formular una teoría de la cuestión nacional en el marco de la revolución. A partir del momento en que Lenin redacta sus primeros escritos sobre el derecho de las naciones a disponer de sí mismas y Stalin, su libro de 1927 sobre el marxismo y la cuestión nacional y colonial las dos nociones, la de revolución, de la que se ha tratado, y la de nación, de la cual no he

tratado todavía, entran en relación indisoluble. Desde entonces no es ya posible hacer como si no hubiera ninguna cuestión nacional. Ya es demasiado tarde, y es demasiado tarde porque los teóricos de la revolución en Europa han tomado conciencia de esto no por razones teóricas, sino porque la realidad objetiva del proceso político revolucionario ha impuesto a los dirigentes políticos del Occidente revolucionario la toma de conciencia de los fenómenos nacionales.

También se dieron otras cosas de menor importancia. En el sudeste de Europa, en Europa Oriental, en los Balcanes, la cuestión nacional se planteó antes, durante y después de la primera guerra mundial y, por lo tanto, acentuó la toma de conciencia de las élites intelectuales y políticas de tendencia liberal, no socialista, frente al problema nacional. De manera que hay una convergencia. Además —y aunque lo diga por vía incidental— se nota en esta época que la historiografía clásica de Europa se preocupa del problema nacional, en las inmediaciones del período de entreguerra. Es la época en que Francia confecciona la serie de inmensas historias de la Revolución francesa, serie que parte de Jaurès y que se detiene en Matthiez y luego en Soboul; es el período en que se crea una disciplina que recibe el nombre de historia social, que trata de integrar la sociología y la historia política, el análisis político, la economía, teniendo como centro eso que se llama la cuestión nacional, de lo que dan testimonio, por ejemplo, la escuela de los *Annales* en Francia y otras escuelas similares.

Es también el período en que en el interior del marxismo se da un fenómeno que no es simplemente de estado, sino más bien nacional, cultural. Me refiero al problema de Italia, que va a suscitar una crisis muy importante. Italia ha desempeñado un papel singular, en el sentido de que la unidad italiana se consumó muy tarde, muy entrado el siglo pasado, alrededor de la década del setenta, y era extremadamente imperfecta: el sur era en realidad un país distinto del norte del país, por lo que el socialismo italiano, encarnado en especial por Gramsci, se preocupó a

principios del siglo XX *esencialmente* de la unidad nacional y cultural de Italia en términos populistas. A ello se debe el que toda la problemática del socialismo italiano —se trate del socialismo comunista o del no comunista—, todo su enfoque del fenómeno de la revolución, en Italia se plantea dentro de un marco y en una atmósfera afectivos y nacionales y en términos que denotan la misma coloración. Es algo sumamente sorprendente y que hace que hoy día sólo sea la izquierda italiana, el socialismo italiano, la única que en Europa está en una posición de diálogo auténtico con el Oriente revolucionario. Y hay que recalcar que este fenómeno no se debe a la casualidad y haríamos bien en tomar conciencia de ello.

Ahora bien, esta rápida y esquemática incursión en la historia relativamente reciente nos permite ver con claridad que las cosas entre 1919 y 1930 —cuando se produce la gran crisis económica mundial— ya no están en el estado en que se encontraban, digamos, en 1848, año en que aparece el Manifiesto Comunista. Todo ha cambiado: los universitarios, la clase política liberal y burguesa, los dirigentes comunistas, los teóricos marxistas, el conjunto del abanico que forma la clase política en el mundo entero plantea los problemas de la revolución en conexión —nótese que digo “en conexión” y no “a partir de”— con los fenómenos nacionales o, si se prefiere, nacionalitarios, con los hechos nacionales. Las cosas ya no son como eran antes.

3. *La era de las revoluciones nacionales y sociales, el surgimiento del socialismo, el ascenso del Oriente revolucionario y el planteamiento dialéctico del problema.* Llegamos al tercer período, el período que se puede llamar la era de las revoluciones nacionales y sociales, la era del surgimiento del socialismo como sistema en el mundo, y ya no simplemente como estado, y, sobre todo y esencialmente, la era de la ascensión del oriente revolucionario, cuestión sumamente importante.

En el siglo que va de 1848 a 1949, en cien años, el sistema mundial de la hegemonía europea se viene abajo. En



1848, fecha en que Marx escribe su Manifiesto, Europa domina el mundo. En 1949, cuando se crea la República Popular China, el primero de octubre, Europa no sólo ya no domina el mundo, sino que ha perdido sus imperios: tanto Inglaterra como Francia, además de Holanda, Bélgica, Italia y Alemania. Por otra parte, la mitad de Europa se ha procurado un sistema de estado socialista. La hegemonía se ha desplazado en dirección del continente americano, a Estados Unidos, que negocia por sí solo el equilibrio con la Unión Soviética y, en lo que respecta a Asia, que es el centro demográfico, económico y, puede decirse, dinámico del mundo, más de la mitad, los dos tercios de la población han pasado, están pasando, pasan o viven ya en un sistema socioeconómico socialista de dirección comunista: tanto Mongolia, Corea, Vietnam, como la inmensa China. De manera que en un siglo, en 101 años, todo se ha trastornado, llegándose al momento en que los problemas de la revolución y sus relaciones con la nación se van a plantear en términos que incitan a la perplejidad. Ahora bien —si mi exposición es factual y correcta—, en adelante las cosas ya no sucederán en el interior de la esfera hegemónica. Me explico: el fenómeno nacional se va a discutir *esencialmente*, aunque no únicamente, en los movimientos nacionales de Asia y África y, mucho después, aquí mismo, en cierta parte de América Latina. Actualmente se discute en lugares que hace sólo diez años no se sospechaba siquiera que ocurriera un fenómeno semejante, como en Quebec, hace muy poco, y en Irlanda y otros países. Quiero decir que el hecho nacional y la conjunción del hecho nacional con la necesidad de la transformación radical y de la revolución, es en la actualidad un hecho verdaderamente establecido. Ahora bien, ha habido dos enfoques: en el ala revolucionaria, esencialmente en Europa, en el ala "cominterniana", por decirlo así, en la filiación del internacionalismo europeo, se ha continuado, a pesar de la disolución del Comintern —y después del Cominform—, manteniendo una voluntad de internacionalismo subjetivo, es decir, de hacer como si, siendo las naciones como son, sigue siendo verda-

dero que se puede elaborar en general, sigue siendo verdadero que la revolución proletaria es el corazón del mundo, sigue siendo cierto que el interés de Estado tanto de los países que han hecho sus revoluciones, como de los movimientos proletarios de Europa, determina, debe determinar el curso general de la revolución en el mundo. El año 1949 señala con absoluta certeza el fin de esta línea. Es cosa cierta que la creación de un centro de poder político, pero también de civilización, en el área asiática, en China, va a trastornar las cosas y no hay necesidad de insistir sobre el hecho de que hoy, una generación más tarde, el equilibrio mundial soviético-norteamericano o norteamericano-soviético, ya es cosa del pasado: estamos en la época en que el equilibrio de Yalta se hunde, en que todo se renegocia sobre una base triangular mediante la cual en veinte años el Oriente revolucionario, que no existía en 1949, el 30 de septiembre, existe hoy no solamente como el tercer compañero de juego, sino como el compañero determinante del diálogo entre los dos grandes, tanto soviéticos como norteamericanos.

Ahora bien, esto se ha dicho mucho y no creo necesario insistir. Sin embargo, quisiera decir que en este desplazamiento del eje de la problemática revolucionaria desde el Occidente tradicional al Oriente revolucionario, ha sucedido un fenómeno que es necesario subrayar, que me interesa subrayar, porque lo he vivido durante diez años y porque puedo dar un testimonio directo de lo acontecido. El fenómeno en cuestión es el siguiente: el hecho nacional ha encontrado en el área europea, en el área occidental, resonancias muy profundas, en una nación, en un grupo de naciones, en un centro europeo, en naciones dotadas de una inmensa profundidad de campo histórico y que tienen una tradición nacional poderosa que, como otros centros hegemónicos, viven en el período de plena decadencia; me refiero a la resistencia que ha opuesto Francia bajo el general De Gaulle, durante diez años, a la hegemonía, a la penetración, a la dominación norteamericana. Es algo sobre lo que solamente los norteamericanos pueden dar fe, pues

han sufrido sus efectos en muchos continentes y, a pesar de la ruptura, es absolutamente seguro que las cosas no hacen sino volver a empezar. Quiero decir que en la oleada del degolismo y su conjunción objetiva, su encuentro objetivo con los movimientos nacionales independientes del mundo, fue un hecho de primera importancia que volvió a establecer a la Europa radical en el fondo general de las luchas contra la hegemonía imperialista y, por lo tanto, volvió a establecer *objetivamente* a Europa en la problemática de la conjunción entre los fenómenos revolucionarios y el hecho nacional.

Hasta aquí llega la primera parte de la exposición, que, por supuesto, ha sido demasiado esquemática; me he limitado a tomar nota de algunos hechos que me parecen interesantes para suscitar el debate.

## II. El plano crítico

La segunda parte, la parte crítica o analítica, la parte teórica, es mucho más difícil de exponer porque parte de trabajos, de reflexiones, de un estado de cosas poco conocido en el hemisferio occidental. Pues el conjunto de los trabajos que hay en plaza desde hace quince años en Europa, Asia, el área mediterránea y África es poco conocido en el hemisferio en que estamos y el tiempo es limitado para hacer una exposición exhaustiva de toda esta problemática. Así, voy a proceder como si fuera posible tratar la cuestión en forma sumaria.

1. *De lo exógeno a lo endógeno: de la crítica del otro (imperialismo) a la crítica del sujeto (el yo histórico)*. El problema que se plantea es el de saber por qué hay revoluciones que funcionan y otras que no funcionan, por qué en ciertos casos las cosas se han podido poner en marcha y en otros se han quedado detenidas, qué es lo que hace que ciertas cosas tengan el aspecto de poder ser y otras tengan el aspecto de no poder ocurrir, cómo hacer una sociología del fracaso revolucionario, a fin de alcanzar el ca-

mino real del éxito revolucionario, camino real que —entre paréntesis— no existe, lo que existe es el éxito, que no es lo mismo.

Creo que lo primero que hay que señalar es un hecho esencial y para ello sugeriría los trabajos de M. Jacques Berque, en especial su libro sobre la descolonización del mundo, pero también podría traer a colación muchos otros, aunque por desgracia no puedo ni siquiera presentar una bibliografía rápida. El hecho esencial al que hacía referencia es que actualmente se ha desplazado el análisis de las motivaciones del fracaso o de las causas del éxito; hay un desplazamiento del área de aplicación del análisis, de la esfera en que se plantean las cuestiones. Antes, las cuestiones se planteaban en lo que llamo lo exógeno, en lo otro, a partir de una filosofía maniquea según la cual uno es el bueno y el otro es el malo; al otro, entonces, se lo llama imperialismo. El imperialismo lo explica todo. Bien: el imperialismo todo lo explica, pero entonces, ¿cómo es posible que, por ejemplo, China haya hecho su revolución y Egipto no; cómo se explica que Japón haya llevado a cabo una ascensión capitalista nacional de primer orden y que otros países no puedan hacerla; cómo es posible... , etc., etc.? Y en este momento uno se da cuenta de que este factor que parece explicarlo todo a ojos de muchos de mis amigos que quieren andar rápido y que se estancan con gran rapidez, en general sí lo explica todo, pero explica todo en la medida en que es uno entre otros factores. No es el único en juego, lo que está en juego no es sólo el malo, sino también el bueno, es decir, nosotros, quienes hemos fracasado. Y a este respecto hay un movimiento muy importante que empezó en el área asiática y mediterránea alrededor de 1850 y que consiste en una tradición colosal de autocrítica, una inmensa tradición que ha consistido en buscar en sí mismo, en el ser bueno, puro, positivo, las fallas que hacían que se ejerciera la hegemonía del otro. Quiero decir que este trabajo inmenso que se ha hecho y que en algunos países ya ha sido totalmente reahzado, finalizado y teorizado, es una labor que ha du-

rado mucho tiempo, que no ha durado uno, dos o diez años, sino que ha sido obra de generaciones, por cuanto se planteó la cuestión de saber cómo las personas y las cosas se quebraban con tanta rapidez o, para tomar un ejemplo al que he dedicado algo de mi tiempo, cómo se explica que un país que para 1832 había hecho grandes progresos económicos, pues tal era el caso de Egipto bajo Mujamad Ali, cómo es posible que un país de este orden, cuarenta años más tarde se quiebre tan fácilmente ante el impacto de la Inglaterra victoriana, cómo es posible que este mismo país que en 1832 se dotó de la séptima escuela politécnica del mundo, cien años antes que Japón, cincuenta años después se encuentre tan a la zaga del Japón Meiji. ¿Qué fue lo que pasó? Está, por cierto, el área de aplicación geográfica, está la posibilidad de que el imperialismo intervenga: siempre se halla el malo, pero nos hemos dicho —no sólo nosotros los egipcios, los turcos, los argelinos, los iraníes, los indios, los japoneses, mucha gente ha sido la que se ha dicho—: estaba presente el lobo y en verdad que es feroz, que es mortal, pero también existía el hecho de que había fallas en el seno de la estructura social nacional que hacían que el lobo pudiera ser feroz y hegemónico. He ahí el problema. Y entonces hemos trascendido el conjunto de este inmenso movimiento, hemos trascendido la crítica del otro, del imperialismo, que ha sido hecha, y no sólo por Hobson y Lenin y luego por el marxismo en toda su variedad, desde el marxismo que con sorna llaman marxismo ortodoxo —pero que de todos modos representa la gran estructura de estado que se enfrenta al imperialismo y que, a pesar de ello, se dice que es malo—, hasta el marxismo maoísta que ustedes conocen. La teoría sobre el imperialismo, en suma, ya ha sido hecha y nosotros no tenemos nada que agregar. Lo esencial de la labor ha descansado en la crítica del sujeto histórico, la crítica de las naciones, de los pueblos, de los movimientos que con gran rapidez o a veces no tan rápido, cedían, se quebraban, vivían en la dependencia. Y entonces esta inmensa transferencia de la crítica del otro a la crítica del sujeto, del yo histórico, a mí me

parece que es lo esencial de lo adquirido desde el punto de vista teórico del dominio 1) de la sociología política; 2) del estudio de las revoluciones, y 3) del hecho nacional. En realidad, este inmenso desplazamiento hace que hoy en día sean posibles cosas que dos generaciones atrás no eran ni siquiera imaginables. Quiero decir con ello que si el Japón de la época Meiji ha podido "despegar", como se acostumbra decir hoy en día, y luego todo se ha venido abajo, para volver a despegar; si —por otra parte— China comunista ha podido tener el papel y el peso que hoy tiene en el mundo y que día tras día continúa teniendo; si Vietnam, país que en 1945 tenía dos licenciados, dos graduados universitarios, ha podido hoy en día contener la más poderosa máquina de guerra de la historia y ha sido capaz de ridiculizarla, agotarla desde el interior; si las cosas han pasado así es que, precisamente en este inmenso movimiento, se ha dado la conjunción entre lo que políticamente se llama línea de masas —no el aventurerismo de pequeños grupos estipendiados por el imperialismo, la línea de masas, la línea de las conquistas de las masas populares— alrededor de un proyecto nacional revolucionario, alrededor de una concepción de la sociedad que se ha de establecer, del país por hacer, para el cual sólo las masas, es decir, el pueblo, los campesinos, los obreros, los intelectuales, los funcionarios, aceptan vivir o morir. No se vive ni se muere por conceptos ni por gritos revolucionarios, se vive y se muere por un proyecto de vida colectiva, cuya dirección revolucionaria se debe —y es lo que se ha hecho en los países que he mencionado— al hecho de haber subrayado el carácter resueltamente radical desde el punto de vista social, económico, resueltamente popular, desde el punto de vista del poder político, resueltamente anticlasista, antihegemónico desde el punto de vista de las relaciones de clase en el interior, resueltamente antimperialista en la política general del país respecto del centro hegemónico.

*2. Análisis del sujeto revolucionario a partir del enfoque histórico-crítico, no tipológico-funcionalista. Ahora bien,*

el proyecto nacional es factible —y es éste el segundo momento de mi análisis— a partir del conocimiento del yo histórico, a partir del conocimiento del terreno nacional que se va a transformar. El problema del conocimiento del terreno nacional que se va a estudiar se plantea en términos muy, pero muy complejos, extremadamente difíciles de exponer de esta manera. De una parte, está el conocimiento que se puede llamar “politicista”, la descripción, la concepción, el conocimiento “positivistas”, si se prefiere. A este respecto llamo la atención sobre un libro notable que todos deberíamos leer: se trata de las memorias del ex secretario de Defensa del gobierno de los Estados Unidos, MacNamara, llamadas *Reflections on power*, que constituyen a mi juicio el mejor libro de sociología política que se haya escrito en los últimos veinte años. MacNamara se pregunta, al día siguiente de su renuncia: “¿Por qué el fracaso?” y entonces, en la primera mitad de este libro, analiza el método con el que este cerebro principalísimo de la hegemonía americana ha pensado el problema del Vietnam. Y dice: estudiamos lo más precisamente posible todos los hechos, la densidad de la población, la economía, las cosechas, las cifras, el kilometraje, el porcentaje de muelles en los puertos, el clima, la vida social de las poblaciones, las clases, las etnias, las religiones, todo se tomó en cuenta y todo —es lo que él dice— fue transferido a la IBM para intentar ver qué sería necesario emprender para dar cumplimiento a esto y dedujimos que a esta realidad  $x$  era conveniente aplicar durante un tiempo  $y$  una cantidad  $z$  de bombas, a tal densidad de kilómetros cuadrados, y que al cabo de dieciocho meses las cosas habrían terminado. Luego declara MacNamara en la segunda parte de su libro: hemos procedido así —lo que realmente quiere decir es: “yo lo he hecho”—, y luego las cosas no han dado resultado. Y entonces viene el momento del repliegue sobre sí mismo, momento genial a mi juicio, enormemente importante, y no lo digo de ninguna manera de un modo irónico. MacNamara ha tomado conciencia de que este inmenso aparato positivista de reducciones, lastimosamente desmantelado por

el pueblo vietnamita, había sido desmantelado porque —son sus propias palabras— “hemos descubierto de golpe la existencia de un factor que habíamos pasado por alto y que era el hecho nacional vietnamita, la nación vietnamita”. Es esto algo muy importante, sin duda. A partir de este momento, MacNamara se detiene y abandona el Departamento de Defensa, y escribe este libro importantísimo.

Y el hecho nacional actual, ¿qué es? En las universidades norteamericanas se continúa estudiando el hecho nacional a la manera positivista. Nuestro método de enfoque, en cambio, el método colectivo que comparten entre otros Wright Mills en los Estados Unidos, los marxistas en Europa, los nacionalistas radicales y los comunistas en el Tercer Mundo, es un método histórico-crítico, con lo que se quiere decir que se parte de la hipótesis de que los conjuntos por transformar, los conjuntos sacionacionales o nacional sociales, las sociedades nacionales por transformar, tienen una especificidad nacional que les pertenece con exclusividad, que no es la misma que ninguna otra, que no es idéntica ni intercambiable. No es posible apretar un botón para obtener Turquía en lugar de Egipto: Turquía es Turquía y Egipto es Egipto. Ahora bien, ¿cómo apresar esta especificidad del yo histórico? Hay dos métodos: el enfoque funcionalista o tipológico, que consiste en pensar que los conjuntos sacionacionales se definen a partir de una entidad intangible, del espíritu nacional, con lo que —como lo he señalado en otra oportunidad— se obtienen definiciones del *Homo sinicus*, del *Homo islamicus*, del *Homo mexicanus* o del *Homo gallicus* y, en buen romance, se llega al racismo político, se hace de la diferencia, que es absolutamente indiscutible, un intangible, un ser que no es susceptible de explicación causal, genética, y, por consiguiente, que no es susceptible de transformarse: es algo que está allí, y así ha sido desde una eternidad, la gente ha sido diferente desde siempre y se va a repartir en castas o en razas según la ideología de que se trate y no hay nada que hacer.

El otro enfoque, el histórico-crítico, sostiene que a par-



tir del desenvolvimiento concreto, de la historia concreta, del conjunto sacionacional concreto, es como se puede ver cuál es el modelo, el modo, cuál es la estructura que ha permitido a esta sociedad continuar siendo ella misma y no otra sociedad, de qué manera se han dispuesto los medios de producción, la vida, la reproducción de la vida biológica, la sexualidad, las relaciones con el poder y el problema del tiempo y de la muerte, es decir, los problemas de la filosofía, de la metafísica; de qué manera una sociedad ha pensado y ha vivido estos problemas, de qué manera otra se plantea los mismos problemas centrándose en la supervivencia, la infraestructura económica, subrayémoslo; de qué manera una tercera sociedad ha podido resolver estos problemas. Y, entonces, a partir de este enfoque histórico-crítico sumamente complejo, dificultoso y muy poco esquemático, se llega a formulaciones que permitan definir mejor el carácter específico, pero siempre en términos históricos concretos, y no en términos intangibles, de tal o cual sociedad nacional, y a partir de ese momento, se obtiene la respuesta a muchas preguntas: cómo se explica que Vietnam, que, como apuntaba, tenía sólo dos licenciados en 1945, ya ha hecho lo que ha hecho; cómo se explica que otros muchos países, como Polonia, que durante 150 años ha sufrido guerras, matanzas y tragedias sin parangón en la historia de Europa, tenga hoy día una ascensión notable; cómo se explica que el comunismo soviético, a pesar de todas las críticas que se le han hecho, y a pesar de que ha habido espíritus muy eminentes entre los que las han formulado —pienso en Bujarin, por ejemplo— continúa siendo la misma manera despótica de administrar el socialismo; cómo se explica que la revolución cultural en China, a través de un trastorno único en la historia del mundo haya causado un número increíblemente reducido de víctimas, etc.? Uno se da cuenta de todas estas cosas, no de una manera superficial, sino de una manera causal. Uno se da cuenta de que la reabsorción de las contradicciones, en China, por ejemplo, depende de una tradición que no es la eliminación, la destrucción, sino la absorción

lo que se podría llamar el "containment", mientras que en la Rusia soviética nos encontramos frente a una tradición que es el despotismo zarista que no se puede eliminar únicamente a través de la ideología en dos generaciones, sino que es necesario mucho más y mejor, etc. Hay muchos fenómenos que podrían traerse a colación: el kemalismo en Turquía, el naserismo en Egipto, la historia reciente de Argelia; en fin, en cada caso se encuentra aquella manera de abordar las cosas que las hace comprensibles, es decir, que hace comprensible 1) el bloqueo y fracaso de las revoluciones a partir del cuadro nacional y no sólo a partir de la calidad más o menos grande de la dirección subjetiva del proceso de la revolución —manera ética, psicológica de abordar los problemas objetivos— y que 2) da cuenta de los mecanismos críticos que permitirán levantar el bloqueo, no a partir de la fidelidad a tal o cual héroe y de la denigración de los cuadros revolucionarios que no le gustan a este héroe, sino a través de una toma de conciencia más crítica respecto de sí mismo, del terreno que es necesario modificar, es decir, la única manera de ver los problemas que hace posible la elaboración de una verdadera línea de masas, es decir, un gran proyecto nacional en el cual el conjunto de las masas populares del país puedan verdaderamente identificarse, ver su destino y combatir para realizarlo. He ahí el problema por resolver y que, a mi juicio han resuelto las revoluciones victoriosas que he mencionado, y de una manera magnífica, tanto desde el punto de vista teórico como del político. Al centro de esto, al centro de este problema del proyecto nacional, hay algo que actualmente está de moda; me refiero a la cuestión del proyecto del hombre, a la imagen del hombre. Yo pienso que es verdad, pienso que en el corazón del proyecto nacional hay verdaderamente un proyecto del hombre por realizar. Pienso, por ejemplo, que este proyecto es diferente según los centros de civilización y las áreas culturales diferentes, con factores comunes, por cierto, pero que es diferente, no es el mismo; pienso que una de las situaciones más extraordinarias, es el fenómeno chino, es el hecho de que con él se está ante algo que en

lugar de hacer la revolución que se habría deseado llamar antiburocrática en cierto Occidente trotskista y cosmopolita en China se ha llamado cultural. Ahora bien, ¿por qué cultural?, ¿Cuáles son los valores culturales por los que uno se bate cuando a una revolución de esta envergadura se la llama cultural? Es que en realidad lo que se plantea es el problema de los valores humanos, no es un problema del tipo de los cuadros políticos que van a administrar el sector de la industria automovilística sino una cosa muy distinta. Es el problema de los valores normativos: no es, si se me permite decirlo, el socialismo de los socios, es otro socialismo. ¿Cuál? ¿A partir de que valores y de dónde viene? A través del desarrollo real del momento político mismo, los círculos más reticentes, los más conservadores, están absolutamente obligados a participar en el juego para mantener el área de hegemonía. Ya no es posible, es demasiado tarde para hacer como si el mundo real no existiera: el mundo real existe y no hay manera de detenerse, hay que participar en el juego. Todas las confusiones, los equívocos que todos conocemos, o los medios más resueltamente, más profundamente, más encarnizadamente enemigos del proceso revolucionario son hoy los que más se preocupan del estudio de las élites revolucionarias, de los modelos revolucionarios y yo diría, incluso, del tipo de desarrollo revolucionario.

3. *Los parámetros nacionales de la revolución: el terreno nacional y social específico; el papel del factor subjetivo; ¿praxeología revolucionaria o arte de la acción revolucionaria?* Concluiré esta exposición crítica —que, por cierto, demandaría mucho más tiempo— con lo que se puede llamar parámetros nacionales de la revolución. Es decir, pienso que, en realidad —y a través de lo que llevo dicho está muy claro— no todos tenemos la misma posibilidad de hacer la revolución, que las cosas no son intercambiables, que si China puede hacer la revolución como lo ha hecho y si Vietnam puede hacerla como la ha hecho, no pienso de ninguna manera que todo el mundo puede hacer

lo mismo. Creo que todo el mundo *puede* hacer la revolución, pero que puede hacerla en condiciones, con una duración y una manera que no es la misma, porque el potencial en acción no es de ninguna manera el mismo. Compárese la densidad *humana*, política, cultural y hasta diría psicológica de la nación vietnamita con —aquí podría dar muchos ejemplos— con las de muchos países que conocemos y que no tienen tras ellos mil años de lucha contra la hegemonía china, que no tienen cuatro mil años de historia nacional, que no tienen todo esto. No es posible, y la historia está allí para atestiguar que no es posible, que cuando las cosas no van muy lejos, es que el potencial no va muy lejos objetivamente y que para desplegarlo en términos estratégicos es necesario poner a actuar una forma de organizar este potencial, es decir, de hacerlo consciente, de organizarlo, de dinamizarlo, que es mucho más largo, más difícil que lo que es necesario hacer en otros países. Si fuera lo mismo en todas partes tendríamos un conjunto de 103 o 112 naciones miembros de la ONU, todas las cuales, a partir de una computación puramente intercambiable y equivalentista, harían la misma cosa o dejarían de hacerla. Bastaría apretar el botón y funcionaría. En verdad, se aprieta y a veces funciona y a veces no: depende de quién apriete. Los que quieren que funcione deben ser las personas auténticamente capaces de concebir la especificidad nacional y ejecutar este inmenso proyecto, y no otras. Entonces, hay, creo, un terreno nacional y social específico que hace más o menos fáciles, más o menos difíciles, más o menos penosas, largas, cortas, complejas, las posibilidades de desarrollo revolucionario. No hay una teoría de los parámetros nacionales de la revolución; tal cosa no existe, es simplemente una hipótesis que les someto; creo que si uno se atuviera al estudio concreto en los diferentes países, se podría elaborar esta concepción del potencial posible y del potencial no posible y las condiciones que se han de satisfacer para hacer que el potencial no posible sea posible. Habrá que tener en cuenta el precio que se deberá pagar y cómo pagarlo, estándose dispuesto a pagarlo, y no

solamente a hablar del asunto, a pagarlo realmente. Quisiera abrir un paréntesis que no es polémico, sino simplemente para señalar, cuando hablo de precio, del ejemplo de un país que se conoce poco, Argelia, país no comunista, no simpático para muchos de los camaradas que hacen la revolución sin hacerla. Argelia, que en 1957 tenía 11 800 000 habitantes, de los cuales diez millones eran argelinos y un millón ochocientos mil franceses, Argelia en 1962, en el momento de la instauración de la República Democrática y Popular de Argelia, había perdido en el camino alrededor de nueve millones de personas, un millón de muertos y, por añadidura, 3 200 000 personas, según índices oficiales del gobierno argelino, habían sido torturadas o heridas, es decir, la mitad física de los individuos argelinos, había pagado con su sangre el derecho de ser argelinos, es decir, las cosas no pasaron a través de la vía aquella en que se hace un manifiesto revolucionario y luego se hace la revolución; la revolución se paga, todas las revoluciones se han pagado; toda la cuestión reside en saber cómo *definir* el proyecto nacional capaz de movilizar, de motivar realmente a las masas profundas del pueblo en nombre de quien se pretende hacer la revolución. Este problema, lo subrayo, es un problema de primera importancia y extraordinariamente difícil de elaborar, de ejecutar, y creo que las direcciones política e intelectual de los países que han hecho su revolución siempre fueron cerebros colectivos de la más alta, la más eminente inteligencia, a través de las inmensas diversidades de sus etiquetas ideológicas. Este es otro problema, se trate del movimiento que hizo lo que se conoce bajo el nombre de Revolución Francesa, se trate del movimiento que hizo la Revolución de Octubre, del de Argelia, todos los países que han hecho estos movimientos y que han tenido éxito no son equipos de jugadores, son equipos de pensadores y de hombres de acción profundamente al tanto de esta interacción que he mencionado entre el sustrato nacional, los imperativos políticos, el aspecto cultural, las relaciones de las fuerzas internacionales son verdaderamente grupos de hombres y mujeres de la más alta

inteligencia y a través de ellos, creo, a través de los estudios que han realizado —no de los estudios ideológicos con etiqueta crítica, sistemática—, es como se puede lograr ver mejor lo que he tratado de describir muy rápidamente.

Habiendo subrayado como lo he hecho el factor objetivo, de la manera más fuerte, más reiterada, más antisubjetivista, sigue siendo cierto que el papel de los factores subjetivos, el papel de la calidad de la dirección revolucionaria, el papel del factor voluntario, de la decisión, de la acción, es también muy importante. Pero a partir de lo que acabo de decir y en el cuadro de lo mismo. No es algo que se dé *ex nihilo*, ni en el mundo de la utopía, ni en el mundo de la posición de "quiero ser feliz, por lo tanto hagamos la revolución", no es eso lo que llamo el papel del factor subjetivo. Creo que muchos de nuestros amigos presentes conocen el texto de las obras revolucionarias a las que me refiero; en fin, basta con decir Lenin (ya que Lenin parece ser un factor de unificación para muchos comunistas y anticomunistas), para darse cuenta de la extremada cautela con que ha enfocado el problema de desencadenamiento de una acción revolucionaria, aunque pone en ridículo lo que llama enfermedad infantil, no del comunismo de la Revolución de Octubre, sino de todos los comunismos, todos los socialismos y todos los nacionalismos hasta hoy, es decir, el infantilismo que puede verse en muchos grupos y grupúsculos que ustedes conocen y aquel mismo al que Lenin hacía referencia cuando decía que para que una revolución tenga lugar es necesario, primero, que el conjunto del sistema social y político de un país entre en crisis general, de manera que la gran mayoría de la población cesara de avalarlo en tanto sistema de hegemonía política y, en segundo lugar, que se aproveche el momento en que la dirección revolucionaria pueda realmente elaborar y hacer aceptar por el consenso máximo del pueblo un nuevo proyecto nacional revolucionario. Se ve claro, entonces, hasta qué punto dista esto de las formulaciones que se pretenden leninistas y que se agitan simple-

mente para cubrir la aventura personal, subjetiva, de individuos sin patria, sin fe, sin responsabilidad y sin densidad.

Nos queda, entonces, una última cosa por decir, que tal vez sea lo que menos interesa en todo esto, y me refiero al problema de la teoría revolucionaria: ¿es posible hacer una teoría de la acción revolucionaria, hay una teoría de la praxis revolucionaria, hay una praxeología revolucionaria? ¿Es posible hacer un cuerpo que se llame teoría de la práctica revolucionaria? O bien, por último, cuando todo haya sido dicho, cuando todo haya sido computado, ¿no hay algo que no se desprenda de los manuales, si se me permite expresarme así? Con lo de manual me refiero a un libro de bolsillo que apareció hace unos años en Inglaterra y en los Estados Unidos, del que es autor un señor Luttwak y que lleva por título *A Handbook of Revolution*, cuyo subtítulo es *El Golpe de Estado*. No deja de ser sintomático que la hegemonía imperial que ataca el Luttwak haya permitido imprimir y hacer circular su obra en ediciones de bolsillo. Creo que verdaderamente es necesario recurrir a los grandes clásicos. Y no temo hacerlo, se trate de Platón, de Ben Jaldún, de Marx, de Mao Tse-tung, de Fidel y de todos los que se quiera. En verdad, ahí donde se ha desencadenado la revolución y ha tenido éxito, se encuentra ese factor imponderable que distingue entre los dirigentes a los mejores cerebros colectivos. Quiero decir que es una cuestión que no se puede ponderar en términos de teoría. Es éste entonces el terreno donde la definición que da Marx de la política como arte de lo posible es una definición que me parece científicamente válida: no es el arte de lo imposible, de la utopía, es el arte de lo posible. Por lo tanto, una vez que se ha computado objetivamente lo posible a través de toda aquella inmensa y compleja problemática, también subsiste el arte de poner en juego los elementos. Ahora bien, este arte de poner en juego los elementos no depende sólo de los factores objetivos, sino por supuesto también de las cualidades personales de la gente, que son el factor subjetivo; en realidad hay una manera de hacer las cosas y de no hacerlas. Si se desea

un manual de la acción revolucionaria, que no existe, cuyo autor mismo ha dicho que no existe, hay que leer el librito —que se puede encontrar casi en todas partes— muy sencillo, que se llama *Tesis de Abril* de Lenin, quien las escribió encontrándose en el exilio, polemizando con su partido, su comité central, en términos, no digamos vulgares, pero sí los más duros, brutales, familiares, no sobre la teoría general, que ya no está en cuestión, sino sobre cómo jugar fútbol, literalmente. Ahora bien, si se lee este libro magnífico, se advertirá que en ningún momento se trata de la teoría; todo está en su lugar, objetivamente las cosas son así, todo va bien, bajo una dirección que está muy bien, que, sin embargo, tiene miedo de disparar, tiene miedo de actuar, simple y precisamente porque Lenin no está presente. Así, la parte que cabe a los hombres en la historia es un fenómeno que hay que reconocer como decisivo una vez que se han echado las cartas, y no es cosa de negarla de ninguna manera. Entonces, bastó con que Lenin regresara con sus *Tesis de Abril* para que las cosas se desencadenaran y adquirieran envergadura y luego la importancia histórica que, como sabemos, ha tenido en la historia del mundo entero en la época en que vivimos. He ahí entonces la única teoría, que no es una teoría, sino un arte de la acción. Por lo tanto, no existe el camino real, no tengo recetas ni tesis que ofrecerles. Me he limitado a exponer ante ustedes algunas ideas que he podido desarrollar sobre la relación que media entre las naciones y las revoluciones y estaría muy contento que mis colegas tomen la palabra y critiquen, profundicen y rediscutan y planteen otra problemática, porque pienso que cada uno tiene su problemática y que todas las problemáticas son posibles.

Traducción de Rubén Chuaqui